

tra los moros como arzobispo de Toledo, había ganado las espuelas de oro. Con poca gente y todavía menos dinero, supo, gracias á su dignidad y á su mérito personal, ayudado especialmente por el descontento de las poblaciones, adquirir ascendiente y poderío: en su consecuencia, atrajo nuevamente á la Iglesia á muchas ciudades, y reanimó al partido güelfo. Viendo los Pépoli aniquilado su poder en Bolonia, se la vendieron á Juan Visconti (1350). Clamaban los bolofieses: *No queremos ser vendidos*, y el papa manifestaba intenciones de querer que volvieran á estar bajo su autoridad; pero Juan respondió que defendería con la espada el báculo que llevaba: luego cuando Clemente VI le intimó que compareciera en Aviñon, despachó comisarios encargados de acompañar una porción de géneros, y de preparar almacenes enteros de granos y forrajes para doce mil caballos y seis mil infantes. Asustado el papa de aquellas disposiciones, se resignó á hacerle cesion de Bolonia mediante 12,000 florines anuales.

**Toscana.**—De consiguiente, Juan Visconti la reunió á las otras diez y seis ciudades de importancia de Lombardia, que le prestaban obediencia (7): aumentándose su ambición á medida de sus dominios, pensó en apoderarse de Florencia. A este fin se unió con los tiranuelos de Toscana y se ganó la voluntad de Pisa. Ya había hecho una correría por todo el territorio florentino, cuando la guerra que tuvo necesidad de sostener en favor de Génova contra Venecia, le apartó de aquella empresa.

**Fr. Bussolari.**—Sus sucesores prosiguieron en el mismo pensamiento; pero les estorbó realizarlo la agitación de las guerras renacentes de continuo con los señores de Monferrato, de Este, de la Escala, de Gonzaga, de Carrara, únicos que habían quedado independientes en Lombardia. Fuertes los Beccarias con el apoyo de los Visconti y del marqués de Monferrato, tiranizaban en Pavia. Habiendo estallado la guerra entre estos dos príncipes, Pavia se declaró por el último de ellos. En su consecuencia fué asediada por los Visconti (1356), y se hallaba próxima á sucumbir cuando la llegó un inesperado socorro. Predicaba allí la cuaresma un fraile ermitaño, llamado Jacobo de los Bussolari; hombres y mujeres tenían en él grande confianza: ahora bien, exhortó á los ciudadanos á defender su independencia, imputando todos los males sobrevenidos á los deshonestos adornos de las damas, á la depravacion de las costumbres, al egoísmo de los gobernantes y de los gobernados. Derramó lágrimas y se enmendó el pueblo: riéronse los señores en un principio, y después les infundió recelos el fraile: por último, cuando le vieron guiar á la juventud contra los sitiados y rechazar-

(7) Milan, Lodi, Placencia, Borgo Sandonnino, Parma, Crema, Brescia, Bérgamo, Novara, Como, Verceli, Alba, Alejandria, Tortona, Pontremoli, Asti.

los, intentaron desembarazarse de su persona quitándole la vida. No por eso fué menos ardiente el celo del valeroso fraile. Indujo á los habitantes de Pavia á toda clase de sacrificios en favor de la libertad, é hizo que fueran espulsados los Beccarias, quienes uniéndose á la sazón con Visconti, cargaron sobre la ciudad con ellos. En la imposibilidad de resistir á fuerzas tan superiores, capituló Bussolari, estipulando garantías en favor de los ciudadanos contra toda especie de venganza, sin pactar en favor de su persona cosa alguna. De consiguiente, fué preso y enviado á Verceli para acabar sus días en el *vade in pace* de un monasterio.

**Cárlos IV en Italia.**—Cárlos de Luxemburgo, hijo de aquel rey Juan de Bohemia, de caballeresca memoria, había ascendido al trono imperial. Finjiendo que sentía en extremo las divisiones de Italia, aunque en realidad pensaba sacar dinero de ellas, prestó oídos á las invitaciones que le dirigian los enemigos de los Visconti, así como los florentinos, é Inocencio VI consintió en que traspusiera los Alpes. Presentóse, pues, en medio de la general expectativa; pero grande fué el asombro de sus parciales llenos de esperanzas y de sus enemigos intimidados, cuando se le vió llegar con trescientos caballeros, «y cruzar la Italia sobre un rocin en medio de gentes sin armas, como un mercader á quien urge llegar pronto á la feria.» (8) No por eso dejaron de prodigar los literatos adulaciones latinas á este fantasma imperial: empezaron á recordar los juristas los derechos de la monarquía suprema. De buen grado recurrían á él los tiranuelos, y los gibelinos queriendo que fuera juez de las diferencias suscitadas, y afirmando que los gobiernos municipales sólo estaban instituidos para operar en su ausencia; pero que á su llegada toda autoridad, toda restriccion debía cesar de improviso.

Mientras los embajadores de todos los países de Italia pronunciaban en su presencia sábios discursos, S. M. se divertía en pelar ramas de sauce con un cortaplumas. Disimulaba mal su susto cuando los Visconti hacían desfilar dos ó tres veces al día por delante de su palacio, donde le habían recibido desarmado, seis mil caballos y diez mil hombres de infantería bien armados y equipados. No miraba muy de cerca sus derechos á la corona; pero los invocaba de buen grado, así como el título de emperador y de rey, á fin de tener algo que poner en venta y de hacer dinero destinado á hermosear su ciudad de Praga. Terminó algunas paces, confirmó á los Paleólogos los señoríos de

(8) MATEO VILLANI, VI, 39.

Dondacio Malvini de Ferrara escribía á la señoría florentina el 27 de junio del 55, que el emperador llegó á Cremona y fué detenido más de 2 horas fuera de la ciudad, mientras se examinó su gente, de la cual solo dejó entrar un tercio y sin armas. Otro tanto escribió á Soncino y también á Bérgamo. *Arch. St.* app. número 21, p. 408.

Turin, Susa, Alejandria, Ivrea, Trino y más de cien castillos. Llegado á Pisa fué proclamado señor supremo y aceptó: después envió al suplicio por simples sospechas á la familia Gambacurti, que había hecho por él enormes sacrificios. Pero no habiendo tardado los pisanos en arrepentirse, le restituyó el poder en un instante: llegó á lo mismo en Siena, determinada á ello como Pisa por miedo á los florentinos. Después de haberle llamado éstos, ya lo sentían, viéndole reunir en rededor la nobleza del partido contrario y prometer justicia. Aunque hubieran rescatado muchas veces su sumisión al Imperio, pensaban que poco les importaba reconocer los derechos de un príncipe que no tardaría en alejarse, y que mediante algun dinero evitarían una guerra. De consiguiente, le prestaron juramento de vasallaje á condicion de que respetara sus leyes y los estatutos hechos ó que se hicieran en lo sucesivo, de tener por vicario imperial á los miembros de la señoría que en su nombre ejercerían sus derechos, de no poner los piés dentro de Florencia ni de ninguna ciudad murada, y de contentarse con 100,000 florines por rescate de todos los derechos reales, y además con 4,000 al año mientras viviera.

Petrarca, á quien sus reminiscencias clásicas inducían á qué anhelara ver el renacimiento de la dignidad de Augusto y de Constantino, escribía á Cárlos: «Vanamente opones á mi impaciencia la mudanza de los tiempos, y lo exageras en prolijas frases que me hacen admirar en tí más bien el talento del escritor que el corazón del emperador. ¿Qué hay ahora que no haya habido en otros tiempos? ¿Pueden compararse nuestros males á los de los antiguos, cuando Breno y Pirro y Anibal devastaban la Italia? No es la índole de las cosas, sino nuestra molición, la que ha abierto las llagas que veo en el hermoso cuerpo de la Italia. El mundo es todavía el mismo, con el mismo sol y los mismos elementos; sólo el valor ha disminuido. Tú has sido designado para una gloriosa tarea: debes destruir las deformidades de la república, y restituir al mundo su antigua forma; sólo entonces serás á mis ojos un verdadero César y un verdadero emperador.» (9)

Cuando supo su llegada no cabía en sí de alborozo y escribía de este modo: «¿Qué diré? ¿Por dónde empezare? Yo deseaba longanimidad y paciencia en mi expectativa: comienzo á desear ahora comprender á fondo toda mi ventura y no ser inferior á tanta alegría. Vos no sois el rey de Bohemia, sois el rey del mundo, el emperador romano, el verdadero César. Lo hallareis todo dispuesto según os había asegurado: la corona, el imperio, una gloria inmortal y abierto el camino del cielo. Me glorifico, triunfo por haberos animado con mis palabras. No iré yo solo á recibiros á vuestra bajada de los Alpes: conmigo una inmensa muche-

(9) *Ep. famil.* IX, 1.

dumbre, toda la Italia nuestra madre, y Roma, cabeza de la Italia, os salen al encuentro cantando con Virgilio:

*Venisti tandem, tuaque expectata parenti  
Vicit iter durum pietas.»* (10)

Pues bien, este rey glorioso había prometido al papa no detenerse más que un solo día en Roma. De consiguiente, llegado allí algun tiempo antes, entró como peregrino, de incógnito, sólo para visitar los monumentos; una vez coronado, salió el mismo día de la ciudad para emprender su viaje. «Huye, exclamaba el Petrarca desengañado; huye sin que nadie le acompañe: le causan horror las delicias de Italia. Para justificarse, dice que ha jurado no permanecer más que un día en Roma. ¡Oh, día de oprobio! ¡Deplorable juramento! ¡El papa, que ha renunciado á Roma, ni aun siquiera permite que otro se detenga en su recinto!»

Cárlos fué insultado en el camino por Siena, Pisa, Cremona, y no hizo caso de ello: cerráronle los Visconti sus puertas y lo llevó con paciencia, consolándose con el pensamiento de retornar á Bohemia y de trasladar allí tesoros.

Pero entretanto, ¿quién sufría á consecuencia de todo esto? La pobre Italia, que recorrian gentes de todas las naciones, bohemios, esclavones, polacos, croatas, berneles, en pos de Cárlos; españoles, bretones, gascones, provenzales, con el papa: ingleses, alemanes, borgoñones, con los Visconti. Roma especialmente sufría en virtud de la ausencia de los papas, únicos que le comunicaban vida. Descuidada la justicia y la administración, interceptadas las calles por montones de ruinas, destruidas las iglesias, despojados los altares, los sacerdotes sin los ornamentos necesarios al decoro del culto, y los señores romanos traficando con los monumentos antiguos, con los que se hermoseaban las ciudades vecinas y la indolente Nápoles (11). En medio de esta desolacion, las facciones de los Colonnas y de los Orsini, entre las cuales se elegía el senador comunmente, se encarnizaban más una contra otra. A fin de seguir los otros pequeños señores á uno de los dos partidos para no ser aniquilados, habían convertido los palacios en fortalezas, lo mismo que el Coliseo, y los demás vestigios de la magnificencia romana. Era saqueada y destruida la campiña por bandas; amenazadores y raptos los barones mancillaban hasta los santos retiros de las vírgenes del Señor; deshonoraban á las doncellas, y bajo el techo conyugal robaban á las esposas: cuando los jornaleros salían de la ciu-

(10) *Ep. famil.*, X, 1.

(11) *De vestris marmoreis columnis, de liminibus templorum... de imaginibus sepulcrorum sub quibus patrum vestrorum venerabilis cinis erat, ut reliquias silcam, desideriosa Neapolis adornatur.* Así se espresa Petrarca cuyas cartas nos suministran este cuadro.

dad para algun trabajo, eran robados hasta en las mismas puertas de Roma (12).

A la cabeza del pueblo, como comunidad política, se hallaba el prefecto de Roma. El senador representaba la ley que era superior á los mismos nobles; y cuando era electo un nuevo papa, se le enviaban diputados á Aviñon para prestarle homenaje.

Nicolás Rienzi.—Entre el número de estos enviados y al tiempo de la eleccion de Clemente VI, se contó Nicolás Rienzi, hijo de Lorenzo (13). Su padre era uno de aquellos infelices que acarreaban agua á la ciudad sobre caballerías, antes de que Sixto V hubiera llevado allí el agua *felice* y de que Roma hubiera llegado á ser la ciudad de las fuentes (14). Cola di Renzo (como le llamaban), con la lectura de los clásicos, y especialmente de las *magnificencias* de Julio César adquirió una admiracion entusiasta por la república romana. Afogado de ver á la antigua capital del mundo abandonada por los pontífices, y a merced de jefes de bandas, pensó en restituirla su esplendor antiguo, como suelen hacerlo los italianos, quienes convierten sus recuerdos en esperanzas. Se puso á hablar de las glorias pasadas con los hijos degenerados de los que habian oido la voz de los Gracos y de Ciceron. Les ponía delante de los ojos las inscripciones y los símbolos más adecuados para adular su vanidad y sondear su resolucion; y meditaba al mismo tiempo sobre los

(12) «Hallábase en grandísima afliccion la ciudad de Roma. No tenia gobierno. Había nuevos desórdenes todos los dias. Dentro de sus mismos asilos eran mancilladas las religiosas. No había ningun medio de seguridad. Se sorprendía á las doncellas y se las robaba para arrastrarlas á la deshonra. La mujer era arrebatada á su marido en su propio lecho: cuando salían á trabajar los jornaleros se les robaba ¿Dónde? Hasta en las puertas de Roma. Los peregrinos, que suelen acudir á las santas iglesias para bien de sus almas, no eran defendidos, sino atacados y saqueados. Ocupábanse los sacerdotes en malas obras. Todo libertinaje, todo mal; ninguna justicia, ningun freno. No había remedio de ninguna clase, perecían todos. Tenía más razon quien más podía con la espada. La única defensa de cada cual era defenderse en union de sus deudos y amigos. Allí todos los dias había tumulto.» TOMÁS FORTINOCCA.—*Vida de Nicolás Rienzi, tribuno del pueblo romano, escrita en lengua vulgar romana del tiempo.* Bracciano, 1624.

(13) DU CERCEAU.—*Conjuración de Nicolás Gabrini, llamado Rienzi, tirano de Roma.* Paris, 1773. PAPENCORDT.—*Cola di Renzo und seine Zeit besonders nach ungedruckten Quellen dargestellt.* Hamburgo y Gotta, 1841. Los documentos inéditos son cartas de Rienzi á Carlos IV y al arzobispo de Praga, á quienes cuenta en latin toda su historia: fueron descubiertas por Pezler, luego se perdió el original. La copia fué publicada por el antedicho Papencordt, á quien la muerte impidió concluir la historia de Roma desde la caída del Imperio hasta el siglo XVI.

(14) En las cartas anteriormente citadas, Rienzi pretende haber sido engendrado por Enrique VII, á quien su madre en una taberna de Roma, ministrabat nec forsitan minus quam sancto Daviel et justo Abahe per dilectas extitit ministratum.

derechos del pueblo. La muerte de su hermano, ejecutada impunemente por los Colonnas, le hizo todavía más odiosa aquella nobleza no menos faciosa que la antigua, si bien era más poderosa y compacta: en su consecuencia, concibió el proyecto de restablecer los tribunos del pueblo, y asociando á sus recuerdos clásicos los de Crescencio y Arnaldo de Brescia, se proponía reprimir no sólo á los nobles, sino también á los pontífices desertores del redil.

El pueblo romano, cuyas ideas liberales son como el horizonte de su ciudad, circunscritas entre siete colinas, presta de buen grado oídos á todo el que le narra las grandezas de aquellos á quienes considera como sus antepasados. Los literatos, que entonces leían á Tito Livio y á Salustio, se complacían en oír repetir los antiguos nombres, y Rienzi, creció en crédito, como todo el que propone remedio á una enfermedad grave. Aprovechándose luego del instante en que los barones habian salido de la ciudad, invitó al pueblo á que le escuchase. Pasó la noche orando en una iglesia: después de haber oido misa se dirigió al Capitolio armado de punta en blanco, á escepcion de la cabeza, y rodeado de gentes entusiastas y de una porcion de banderas, de pendones, de emblemas y de aquella bulliciosa danza que en ninguna parte se conoce como en Roma. No discurrió desde las gradas como debe un reformador; pero declamó como suelen los demagogos, y prestándole autoridad el obispo de Orvieto, vicario del papa que estaba á su lado, leyó un reglamento para la reforma del buen estado, asegurando á los que le oían, y convencido quizá el mismo, de que el papa tendría á ventura sustraer á su ciudad de Roma á la tiranía de los barones.

Sus reformas consistían en asegurar las personas de los ciudadanos contra los actos arbitrarios de la nobleza; en organizar milicias urbanas dentro de Roma, y una fuerza naval en las costas: en mantener la libre circulacion y la seguridad en los puentes y en los caminos, derribando las fortalezas y baluartes de que se servían los barones para ejercer su prepotencia. Además quería que se administrara buena justicia; que hubiera almacenes para que el pobre pueblo no padeciera hambres, y establecimientos públicos para mantener á las viudas y á los huérfanos, con especialidad cuando los esposos y los padres hubieran muerto en el campo de batalla. Invitó á cada concejo á fin de que enviara sus síndicos al congreso general de Roma, lo cual es el primer ejemplo de una reunion representativa: ahora bien, con aquella asamblea y la confederacion italiana que proponía, podía abrirse una nueva era para la Italia, colocándose otra vez á la cabeza de Europa.

Estas últimas ventajas no las comprendía el pueblo; pero sí la seguridad, los buenos mercados, el subsidio y el regreso del papa. En su consecuencia encargó á Nicolás que formase aquella constitucion, con el título de tribuno, y le suminis-

tró brazos para reducir sus consejos á obras. El nuevo magistrado se enseñoreó de las puertas, y mandó ahorcar á algunos bandidos, á quienes se prendió en la ciudad. Después de haber roto Esteban Colonna en el primer momento el orden que le intimaba salir de Roma, informado de que Rienzi reunía las compañías del pueblo, tuvo á singular fortuna salvarse. Como era el más poderoso entre los nobles, se apoderó del desaliento de los otros, y partieron también abandonando á la justicia los sicarios asalariados por ellos.

Después de haber restablecido la tranquilidad en la ciudad, despachó Rienzi correos á los Colonnas, á los Orsini, á los Savelli en sus fortalezas inaccesibles para intimarles que acudieran á jurar la paz; lo cual hicieron prometiendo no inquietar los caminos, ni causar perjuicio al pueblo ni á los tribunos, y negar asilo á los malhechores. De aquí resultó que los cristianos, que de todas partes llegaban á visitar el umbral de los Santos Apóstoles, hallaban en todas partes una seguridad desusada, y que al volver á su patria celebraban la enérgica firmeza del tribuno.

Este primer movimiento habia llenado de susto á Aviñon, cuando llegaron allí cartas de «Nicolás Rienzi, severo y clemente tribuno de libertad, de paz y de justicia, libertador ilustre de la santa república romana,» en las que prometía fidelidad á la Santa Sede. Despachó otras á todos los potentados de Italia (15), de Francia, de Alemania, y

(15) GAYE, en la *Correspondencia de los artistas*, I, 395 y siguientes, ha publicado diez cartas de Rienzi á la señoría de Florencia. La primera dice así:

*Anuntiamus vobis ad gaudium donum Spiritus Sancti, quod pius pater et dominus noster Jesus Christus in hac veneratione die festivitatis pasce pentecosten, per inspirationem Spiritus Sancti huic sancte urbi et populo ejus, ac vobis omnibus fidelibus Christi populis orthodoxis, qui sua membra consistitis, dignatus est misericorditer elargiri. Sane cum status ipsius alme urbis, et populi ac totius sacre provincie, culpa pravorum et crudelium rectorum, ymo destructorum ipsius, esset ex omni parte quassatus, in perditionem et in destructio miserabilem jam deductus adeo, quod in eadem alma urbe omnis erat mortificata justitia, pax expulsa, postrata libertas, ablata securitas, danpnata caritas, oppressa veritas, misericordia et devotio prophanate; quod, nedom extranei et peregrini, verum ipsi cives romani et karissimi comitatenses et provinciales nostri nullatenus eo venire poterant, nec ibidem manere securi. Quin ymo oppressiones undique, seditiones, hostilitates et guerre, homicidia, disrobationes, pradationes animalium, incendia intus et extra; terra marique continue effrenatissime patrabantur, cum magnis ipsius sancte urbis et totius sacre Ytalie periculis et facturis et danpnis animarum, honorum et corporum, et detrimento non modico totius fidei christiane.*

*Vos etiam, et alii devotti et orthodoxi populi, nullum ab ipsa urbe poteratis habere consilium, auxilium vel favorem. Quin ymo sub specie senatus, sub nomine capitaneatus, sub colore fidei militie, et ut breviter concludam, injusti regiminis injuste sepius eratis oppressi. Igitur prafatus pater et dominus noster Jesus Christus, ad preces, ut credimus, beatorum apostolorum Petri et Pauli, civium principum et tus-*

su tentativa pareció laudable á la multitud de los que se nutrian de recuerdos, sin tener la oportunidad demasiado en cuenta. Los aplausos tributados por Petrarca al *caballero que honraba á la Italia entera*, le hicieron admirar segun su palabra por el mundo literario (16). Muchas ciudades se le

*totum nostrorum, misericorditer excitatus, ad consolationem non solum romanorum civium, verum totius nostre provincie, universe quoque Ytalie, comitatensium et peregrinorum, omniumque fidelium christianorum, ipsum romanum populum inspiratione Spiritus Sancti ad unitatem et concordiam revocavit, ad desiderium libertatis, pacis et justitie inflammavit, et ad salutem et defensionem suam et nostram totaliter animavit. Et ad observationem bone voluntatis, sancte et juste deliberationis eorum, idem populus nobis, licet indignis, absolutam et liberam potestatem et auctoritatem reformandi, et conservandi statum pacificum dicte urbis et totius romane provincie, ac liberum prorsum arbitrium totaliter commisit et concessit in pleno, publico et solepissimo parlamento, ac plena concordia totius populi prelibati...*

*Quapropter nobilitatem, prudentiam et sinceram vestre dilectionis affectionem presentibus exhortamur, quatenus vobis presentibus intellectis gratias reddatis altissimo Salvatori nostro, ac sanctissimis apostolis ejus, quum in tempore desolationis, afflictionis et desperationis propinaverunt romano populo, vobis ac omnibus Christi fidelibus consolationis remedium et salutis, suscipientes et participantes nobiscum hoc donum Dei cum magna letitia, et gaudiis manifestis, et ad domandam prolinus et pessumdandam superbiam ac tirannicam potestatem quorumcumque rebellium, audentium hunc statum, nobis a Christo concessum, impedire quomodolibet vel turbare, in ultionem injurie Dei et beatorum apostolorum Petri et Pauli; sollicitare placeat populum et comune ad exercitum preparandum in destructionem eorum et exterminium manifestum, ut sub protectione Dei et vexillo sancte justitie, cum manibus nostris pariter et vestris, superbia et pestis tyrannica confundatur, libertas, pax et justitia per totam sacram Ytaliam reformetur. Nihilominusque sub antiquate dilectionis affectu, libertatis justitie pacisque presta vos exhortamur instanter, quatenus infra octavam festivitatis beatorum apostolorum Petri et Pauli mictere placeat duos síndicos et ambaxatores ydoneos terre vestre ad consilium et parlamentum, que intendimus illo die pro salute et pace totius Ytalie solenpniter celebrare. Ceterum vos rogamus acentius, quatenus ad nos mictere placeat unum sapientem jurisperitum, vestre discretioni ut videbitur eligendum, quem ex nunc in numero judicum nostri consistorii cum muneribus, et gaggiis, et salario consuetis per sex menses deputamus; demum, nostri officii debito suggerente, volentes nove forme monetam incidere, rogamus, ut mittere placeat neccherium peritum et instructum, ad sagiationem consuetum et expertum, et cujus forme scultorem. Quibus debito juris ordine solenpniter providebimus et decenter. Datum in Capitolio urbis septimo mensis junii ubi de celo remissa justitia corde vigemus.*

Las otras cartas de Nicolás, revelan el mismo ardor, la misma veneracion. Propende en ellas á la reconciliacion de toda la sagrada Italia; á la renovacion de la antigua amistad entre el sagrado pontífice romano y la sagrada Italia entera; á la estirpacion de toda tiranía, y se proclama SEVERUS ET CLEMENS, LIBERATOR URBIS, ZELATOR ITALIE, AMATOR ORBIS.

(16) Es singular que haya que discutir sobre aquel á quien se dirigía la más bella oda de Petrarca y las esperanzas de Dante. De Sade ha aspirado á demostrar que le